

## *Cuentos*

En este espacio podrán encontrar algunos cuentos que se han escrito sobre el crimen de la desaparición forzada.

### **INVENTARIO DE RECUERDOS**

*César Muñoz*

*“Que triste se olle la lluvia,  
En los techos de cartón.  
Que triste vive mi gente en las casas de cartón”*

*Tara ra tara tara tara*

*“Viene bajando el obrero casi arrastrando sus pasos,  
Por el peso del sufrir.  
Mira que es mucho el sufrir,  
Mira que pesa el sufrir”*

### **Que te calles guerrillero hijueputa, o te quedo gustando la paliza de anoche**

Mejor me callo, todavía me duelen las costillas

Que hago, que hago, que hago...

Cuento ovejas, hace un rato no se si era de día o en la noche conté 3540 ovejas, que puedo hacer yo con 3540 ovejas...

Este juego es inoficioso, ya me empiezo a desesperar.

Quiero cantar, o tal vez escribir, o leer, o simplemente ver el sol.

ummmmm

¡Lo tengo! Algo que solo yo pueda hacer, así por lo menos retrazo un poco las patadas  
“Haré un inventario de recuerdos”

Empecemos, me llamo Jesús Ernesto, tengo 20 años, estudio Ingeniería mecánica y trabajo con mi padre en el puesto de verduras.

Mis padres don Álvaro y doña Rosa, como muchas personas en este país son campesinos que tuvieron que dejar sus tierras. Ellos vivían en Amagá Antioquia, cuando la guerra bipartidista, mis padres que no eran ni godos ni liberales fueron obligados a salir de su finca.

Sin ningún lugar donde llegar y sin un peso en el bolsillo, caminaron por las calles de Medellín. Cuenta mi padre en forma de burla, que durmieron algunos días con vista al río Medellín, mientras un penthouse que tenía columnas de 5 metros los cubría.

Luego, mi padre consiguió un empleo en la plaza de mercado descargando camiones de verduras. De esa forma se pudieron ubicar en una casita de adobe y techo de cartón. Por

su parte mi madre, gracias a lo conversadora que es ella fue haciendo amigas. Esas amigas le ayudaron a conseguir que los dueños de casas del poblado la contrataran para lavar la ropa y hacer el aseo.

A mi madre le empezó a ir muy bien, ya que en Medellín empezaba a surgir una nueva clase social muy pero muy rica, eso si un poco sucia igual que la otra, y también un poco untada de sangre lo mismo que la otra, en fin las dos clases sociales ricas son igualitas.

Estas personas le pagaban muy bien. Mi padre ya pasó de ser cotero como llamamos acá a los que descargan los camiones, a vendedor de verduras. Con lo que los dos ganaban fueron ahorrando para empezar con un puestito de verduras en el barrio (que era para donde yo iba anoche, pero esta gente no me dejó, ahora que recuerdo mi padre debe estar de mal genio, porque debía llevar unos plátanos y unos tomates)

Creo que vienen de nuevo...espero no me vayan a pegar esta vez

**Levántate parcerero, se lo llevan**

Me van a soltar

**Jajajaja no pregunte guevonadas**

Me van a matar

**Que no pregunte pendejadas, o es que le gusta que le peguen**

Ya un momento

Déme la mano, no veo nada

¿Dónde me llevan?

**ZZZZZZZZZZ**

Esto debe ser la calle, a lo lejos suenan los carros, escucho una sirena, debe ser de madrugada, hace frío, huele a flores, suena un camión muy cerca, debe ser el mío.

¿Dónde me llevan?

¿Dónde me llevan?

¿Me van a matar?

¿Por qué no me sueltan?

Esto es ilegal

Alguien que me responda

¿Por qué no me meten a la cárcel?

Esto es ilegal ustedes son del ejército

¿Por qué no me responden?

...2 horas después

Ya debimos haber salido de la ciudad, ya no se escuchan carros, debe ser un batallón, se escucha la marcha del ejército "tun tun tun tun tun ta"

Me caen mal los milicos pegan muy duro, menos mal no pague servicio

Que me irán a hacer, será que me van a matar

Ya debió haber amanecido

Han pasado algunas horas y nadie viene,

No me han pegado

**ZZZZZZ**, creo que alguien llegó.

Saludan a un general Hurtado, se refieren a un subversivo que llevaba una maleta con propaganda guerrillera y material de guerra. Seré yo ese subversivo, pero están locos los milicos hasta donde recuerdo las verduras todavía no son propaganda guerrillera y lo único parecido al material de guerra eran los tomates.

**Buen día jovencito**

**Siéntese**

**Espere un minuto le suelto las esposas**

**Tiene las manos muy hinchadas**

**Quien le apretó esas esposas**

**Tendré que hablar con esos soldados**

**No saben tratar a las personas**

**Ahora si, dígame como se llama usted**

Jesús Ernesto

**A que se dedica**

Soy estudiante de Ingeniería Mecánica

**De la Universidad de Antioquia, ¿cierto?**

Si señor

**Ya me imaginaba, estos jovencitos se dejan llenar la cabeza de basura comunista. Ese es el problema de las universidades públicas, no hacen sino enseñar esas babosadas y luego enredan a los jóvenes.**

**Por eso terminan acá.**

No le entiendo señor, no se a que se refiere

**Usted sabe de qué le estoy hablando**

Sabe algo usted es la primera persona que no me pega para que hable, así que voy a ser sincero.

Yo lo único que hago es ayudar a mis padres, estudiar e intentar hacer algo por el barrio. Hasta donde sé, eso no es un delito. Entonces de verdad no entiendo que hago acá.

**Mijito, conmigo no se haga el idiota, yo soy el único que en este caso puede ayudarlo. De lo contrario créame, usted no va a volver a su casa. Es mejor que me de razón de algo, armas, rutas, que piensan hacer, quien es el comandante, necesito nombres, donde están los bandidos. Esa es la única forma que puedo sacarlo de acá**

No se de que me habla, ¿nombres, rutas? Los nombres que sé, son los de mi familia y las rutas son las del bus que me lleva de la casa a la universidad.

**Niñito estúpido, créame no estamos jugando. Solo quiero advertirle, lo que le hicieron ayer no es ni parecido a lo que le pueden hacer acá en la noche. Estos soldados no tienen mucho cerebro, pero si saben manejar muy bien la picana. Así que mejor cuénteme algo y le aseguro que lo saco esta misma noche.**

Señor, hay algo que no entiendo, si usted dice que los soldados no tienen mucho cerebro, porque los dejan pagar servicio, no sería mejor que los educaran.

**No me tomes el pelo. Decidme de una vez si me vas a dar algún dato me estas haciendo perder el tiempo.**

Ya le dije, mire los nombres son Jesús Ernesto que soy yo, don Álvaro que es mi papá y doña Rosa que es mi mamá. La ruta es la 36, esa pasa a una cuadra de mi casa en el barrio Belén Rincón. Y las armas están en la casa, aunque las únicas armas que hay son: una peñilla de mi papá, un cuchillo de la cocina y quizás los tomates del puesto de verduras, que sabiendo los usar pueden ser un arma de destrucción masiva.

**Tenés muy buen sentido del humor, pero muy poco cerebro. Esta noche te acordarás de mí cuando estés gritando, ya verás niño.**

**Sabes algo, me hiciste perder mucho tiempo, espero que mañana sea distinto. Pasa un buen día, descansa lo vas a necesitar esta noche, y como son reglas y usted no me ayudó, déjeme yo le pongo de nuevo las esposas. Hasta pronto, espero verte mañana.**

Y ahora...

Ese señor debe ser sicólogo, aquellas maravillas de la escuela de las Américas, que pena que gente con esas capacidades se preste para estas cosas...

Por ahora creo que es mejor seguir con el inventario, mientras llega la noche.

Donde iba, donde iba, donde iba

Ya recuerdo, en el puesto de verduras que mis padres montaron con lo que ganaron.

Entonces como estaba diciendo, a ellos les empezó a ir muy bien, mi padre dejó su trabajo en la plaza y se hizo cargo de su propio negocio, mi madre lo ayudó durante nueve meses, mientras yo nacía.

Mis primeros años fueron muy alegres, mis padres desde muy niño me pusieron a estudiar, con el argumento de que yo no podía repetir la historia de ellos.

Mi madre por su parte me contaba las historias de mis abuelos en la finca, de cómo conoció a mi papá. Historias que recuerdo en el volar de chulos y pájaros, en el huir de los chusmeros, en el caminar de campesinos sin tierras, en el llanto de mujeres.

Eran historias muy tristes, mi madre siempre lloraba al recordar al abuelo, y aunque no me gustaba verla llorar, sus historias me hacían volar a lugares imaginarios, donde soñaba con ser chusmero y luchar contra los chulavitas y pájaros.

En la escuela siempre me fue bien, aprendí a leer muy rápido y fue este el mejor descubrimiento, porque cuando entre al colegio, leía sobre todas las historias que me contaba mi madre.

Mi padre siempre ha vivido orgulloso de mí, o por lo menos eso es lo que siempre me dice, el me enseñó a labrar la tierra, a hablar con la luna, a cargar las mulas, a querer el campo. Todas las noches con voz nostálgica recordaba su finca "*La Aurora*", me explicaba porque había tenido que salir de allí. Y aunque Medellín les daba buenas oportunidades, el siempre ha evocado el sonido de los pájaros y el olor a caña.

Cuando entre al bachillerato, empecé a leer mucho más, leía todo el día, añoraba que fuera de mañana para poder ir a la escuela y leer más historias de curas guerrilleros, de

libertadores, de valientes campesinos que no dejaban de luchar por sus tierras. Historias que me fueron acercando a nuestra realidad.

Desde ese momento empecé a ayudar a mis compañeritos más pobres. Mi madre algunas veces me regañaba, porque llevaba muchos compañeritos a comer a la casa, yo por mi parte le daba un beso y le decía que la culpa era de los dos, porque me habían contado muchas historias.

Pero a veces no alcanzaba para darle a todos, así que decidimos entre unos amigos que debíamos hablar con las personas del barrio para hacer un restaurante comunitario en el que pudiéramos darles almuerzo a todas las personas. Cada uno llevaba lo que pudiera y con eso hacíamos los almuerzos. Yo trabajaba con mi padre y le decía que me diera verduras para llevarlas.

Hasta el día de hoy el restaurante funciona, y es muy bonito porque muchas personas que no tienen un solo peso pueden ir allí, el único compromiso es que un día de la semana ayuden en el restaurante.

En el colegio, tuve algunos problemas pequeños por no ir a misa, pero las buenas calificaciones no permitían que me hicieran nada, aunque eso no era lo que decía el sacerdote.

En los ratos libres mezclaba la lectura, las tareas y algunos juegos en el barrio, jugábamos mucho, y en algunas ocasiones trabajábamos reciclando, porque en el barrio llegan muchas personas que huyen del campo entonces, nosotros que ya sabíamos que era llegar a un penthouse de columnas de 5 metros y vista al río Medellín, decidíamos reciclar para poder construir casas de cartón y lata, donde estas personas pudieran vivir. Los fines de semana entre todos los vecinos hacíamos bazares y con lo que se recogía comprábamos comida para el restaurante.

Así fui creciendo, termine el colegio y me presente a la Universidad de Antioquia con tan buena suerte que pase y pude empezar mi carrera.

En la universidad pase momentos muy bonitos, conocí amigos y amigas, con los que leíamos, escuchábamos música y soñábamos. Siempre soñábamos, hemos sido muy utópicos, aunque nuestra utopía es muy sencilla. Que un día cualquiera los niños no tengan que recorrer las calles pidiendo para comer, que un día cualquiera los viejos puedan volver al campo, que un día cualquiera las bibliotecas estén a reventar de jóvenes que quieren aprender su historia, que un día cualquiera no nos maten...

También me enamoré, aprendí a hacer el amor, como aprendí a hacer la revolución, aprendí que en la calle somos muchos los que soñamos, y que por nuestro sueño podemos gritar, porque gritar es nuestro derecho, pero también es nuestro deber.

Aprendí que alguna vez, en algún momento como Cortázar lo dijo tuve un amigo, ese amigo me enseñó como hacer la revolución.

Incluso aprendí que corría peligro, que no era sencillo como cuando era niño, que soñar en un país como el mío tenía un precio y que podía algún día, estar con las manos atadas, las costillas rotas, la cara tapada, sin poder siquiera ver el sol y la maldita posibilidad de no volver.

Pero también aprendí que eso no debía importar, que si ese día llegaba, tenía que ser valiente, aunque el cuerpo no dijera lo mismo, que ese día debía alzar la mirada e intentar sonreír porque quedaría la certeza de que las cosas estuvieron bien hechas.

Ya debe ser de noche, se escuchan pasos, creo que acá termina el inventario... No queda más que esperar e intentar estar en silencio.

Minutos después, en una camilla se encuentra Jesús desnudo, como siempre con el rostro tapado, una pequeña sonrisa que se confunde con la sangre de su boca, y en silencio.

Tara tara tara ta ta  
*“Ay país, país de nubes  
Lleno de humo y alcohol  
Como le canto a mi gente  
Lo que pienso de voz.*

*Que a mi patria la fundaron  
A golpes y cachetazos  
Cuántas voces se callaron  
A machete y a balazos  
Pero cuántas voces se callaron país  
A machete y a balazos  
Ay país...”*

*Los hechos son basados en la vida de Gustavo Albeiro Muñoz. Detenido-Desaparecido en uno de los operativos del plan fantasma en Medellín. Este es un homenaje a él y a los más de 15.000 desaparecidos de nuestro país...*

## *PREMIO NACIONAL DE CUENTO*

*Sin nombres, sin rostros ni rastros*

*Por Jorge Eliécer Pardo*

*A las amorosas mujeres colombianas*

Como a mis hermanos los han desaparecido, esta noche espero a las orillas del río a que baje un cadáver para hacerlo mi difunto. A todas en el puerto nos han quitado a alguien, nos han desaparecido a alguien, nos han asesinado a alguien, somos huérfanas, viudas. Por eso, a diario esperamos los muertos que vienen en las aguas turbias, entre las empalizadas, para hacerlos nuestros hermanos, padres, esposos o hijos. Cuando bajan sin cabeza también los adoptamos y les damos ojos azules o esmeralda, cafés o negros, boca grande y cabellos carmelitas. Cuando vienen sin brazos ni piernas, se las damos fuertes y ágiles para que nos ayuden a cultivar y a pescar. Todos tenemos a nuestros NN en el cementerio, les ofrecemos oraciones y flores silvestres para que nos ayuden a seguir vivos porque los uniformados llegan a romper puertas, a llevarse nuestros jóvenes y a arrojarlos despedazados más abajo para que los de los otros puertos los tomen como sus difuntos, en reemplazo de sus familiares. Miles de descuartizados van por el río y los pescadores los arrastran a la playa para recomponerlos. Nunca damos sepultura a una cabeza sola, la remendamos a un tronco solo, con agujas capoterías y cáñamo, con puntadas pequeñas para que no las noten los que quieren volver a matarlos si los encuentran de nuevo. Sabemos que los cuerpos buscan sus trozos y que tarde o temprano, en esta vida o la otra, volverán a juntarse y, cuando estén completos, los asesinos tendrán que responder por la víctima. Si la justicia humana no castiga a los verdugos, la otra sí los pondrá en el banquillo de los que jamás volverán a enfrentarse a los ojos suplicantes de los ultimados.

Esta noche hemos salido a las playas a esperar a que bajen otros. Nos han dicho que son los masacrados hace varias semanas, los que sacaron a la plaza principal y aserraron a la vista de todos. Quiero que venga un hombre trabajador y bueno como los pescadores y agricultores de por allá arriba y que yo pueda hacerle los honores que no le dieron cuando lo fusilaron. Mis hermanas tirarán las atarrayas y los chiles para no dejarlos pasar, uno no sabe si el que le toca es el sacrificado que con su muerte acabará la guerra. Aquí todas creemos que nuestros difuntos prestados son los últimos de la guerra, pero en los rezos nos damos cuenta de que es una ilusión. Cuando traen ojos se los cerramos porque es triste verles esa mirada de terror, como si en sus pupilas vidriosas estuvieran reflejados los asesinos. Nos dan miedo esos hombres armados que quedan en el fondo de los ojos de los muertos, parecen dispuestos a matarnos también. Muchos párpados ya no se dejan cerrar y, dicen en el puerto, que es para que no olvidemos a los sanguinarios. Los enterramos así, con el sello del dolor y la impunidad mirando ahora la oscuridad de las bóvedas.

Algunos están comidos por los peces y los ojos desaparecidos no dan señales del color de sus miradas. A muchos de los que nos regala el río y no tienen cara, nosotras les ponemos las de nuestros familiares desaparecidos o perdidos en los asfaltos de las ciudades. Pegamos las fotografías en los vidrios de los ataúdes para despedirlos con caricias en las mejillas. Fotos de cuando eran niños, con sus caras inocentes. Las novias hacen promesas, las esposas les cuentan sus dolores y necesidades y las madres les prometen reunirse pronto donde seguramente Dios los tiene descansando de tanta sangre. Las solteras les piden que les traigan salud, dinero y amor. Y cuando las palomas

anidan en las tumbas es el anuncio de que deben emigrar para otra parte de Colombia o para Venezuela, España o los Estados Unidos.

Los primeros meses poníamos en sus lápidas las tristes letras de NN y debajo un número para que todos supieran que era un muerto con dueño, o mejor un desaparecido reencontrado. Cuando nadie viene por ellos y las autoridades también los dejan a la buena de Dios, los dueños de los cadáveres los rebautizan con los nombres de sus muertos queridos. Es como un nacimiento al revés: parido entre el agua del río y lavado después en la arena. Les llevamos flores, les encendemos veladoras y les regalamos rosarios completos y unos cuantos responsos. Todas sabemos que en cada rescatado hay un santo.

Los lunes nos reunimos en un rezo colectivo porque ya todas tenemos muertos y sabemos que están muy solos y que todavía sienten la angustia de haber sido degollados, descuartizados o ejecutados con desmayo en la humillación. El dolor produce una mueca que nos hace respetar más al sacrificado. A los aterrorizados les tenemos más amor y consideración porque uno nunca sabe cómo es ese momento de la tortura lenta y cómo enfrentaron las motosierras, las metralletas, los cilindros bomba.

Cuando oímos los llantos colectivos de las viudas errantes buscando a sus muertos, en peregrinación por las riveras, como nuevos fantasmas detrás de sus maridos, les damos los rasgos corporales y les entregamos los cadáveres recuperados. Lloramos con devoción y esa misma noche se los llevan envueltos en costales de fique, en sábanas viejas, en barbacoas o en los cajones simples que nosotras hemos alistado para los difuntos santificados. Romerías con linternas apuntando el infinito con estrellas como pidiendo orientación al cielo para no perderse en los manglares, tras la huella invisible del río. Lloran como nosotras la rabia de la impotencia. Cuando no encuentran al que buscan nos dejan su foto arrugada porque ya no importa tanto la justicia de los hombres sino la cristiana sepultura de los despojos.

Nos hemos contentado con recibir y adoptar pedazos porque tener uno entero es tan difícil como el regreso de nuestros muchachos reclutados para la muerte. Ellos no volverán, mucho menos las noticias porque la guerra se los come o los ahoga. Cuando no se los traga la manigua, los matan las enfermedades de la montaña o el hambre.

Nos han dicho que no somos los únicos en el puerto, que en Colombia los ríos son las tumbas de los miserables de la guerra. Los viejos nos han dicho que siempre los ríos grandes y pequeños albergan a las víctimas, desde la violencia entre liberales y conservadores de los siglos pasados cuando venían inflados, flotando, con un gallinazo encima.

Al reemplazar el NN en la lápida por el nombre de nuestro esposo o hijo, la energía que viene del cemento es como la que sentimos cuando nos abrazábamos antes de la desaparición. Lo sabemos porque al golpear la pared y empezar las conversaciones secretas, después de las palabras, *aquí estamos, no estás solo*, nos llega un vientecito tibio como el calor de los cuerpos de nuestros seres inmolados. Los santos asesinados son los mismos en todo el mundo, en todas las guerras y nosotras lo sabemos sin decírselo. A algunas de nuestras vecinas les han dicho que se vayan del puerto, que busquen en las ciudades un mejor porvenir para los niños y muchas se han ido sin regreso posible. Entonces regalan o encargan a su muerto, a su Alfredo o Ricardo, a su Alfonso o Benjamín, para que los guíe y cuide en los largos y miedosos tiempos del errabundaje.

Así el puerto se ha quedado con muy pocos niños y las adolescentes desaparecen antes de que los padres las saquen de las zonas de candela. Por eso creemos que nuestros muertos, los descendientes sacrificados que nos da el río, reemplazarán a tantas familias que mendigan por Colombia. Mi esposo seguramente ha sido redimido por otra madre desconsolada, más abajo de aquí, porque hemos sabido que lo arrojaron desnudo y dividido, lo acusaban de enlace de los grupos armados. Tendrá otras manos y otra cabeza, pero no dejará de ser el hombre que amaré por siempre, así me lo hayan arrebatado untado con mis lágrimas. Se me ha acabado el agua de mis ojos pero no la rabia. El perdón, el olvido y la reparación, han sido para mí una ofensa. Nadie podrá pagar ni reparar la orfandad en que hemos quedado. Nadie. Ni siquiera el río que nos devuelve las migajas, nos da la comida para vivir y nos entrega los muertos para no perder la esperanza.

Nuestro cementerio no es de desconocidos como pretendieron hacernos creer. Nosotras no pedimos a nuestros muertos números de suerte ni pedazos de tierra para una parcela, pedimos paz para los niños que aún no entran en la guerra a pesar de que a muchos de nuestros sobrinos los han quemado o arrojado al agua. Los niños no llegan a las playas, no son pescados por manos bondadosas. Dicen que a ellos los rescata un ángel cuando los asesinan. El río los purifica.

Después de tantas noches de cielo hechizado, de tanto llanto contenido, mi hija ha quedado viuda. Por eso está conmigo esta noche en la orilla, rezando para que baje un hombre por quien llorar junto a nosotras. Más arriba hay chorros de linternas. Sabemos que cada uno tiene los muertos que el río buenamente le entrega. No importa que seamos un pueblo de mujeres, de fantasmas, o de cadáveres remendados, no importa que no haya futuro. Nos aferramos a la vida que crece en los niños que no han podido salir del puerto. A nuestras criaturas inocentes las hemos dejado dormidas para salir a pescar a los huérfanos de todo. Mañana nos preguntarán cómo nos fue y nosotras les diremos que hay una tumba nueva y un nuevo familiar a quien recordar.

Bajan canoas y lanchas. No sabemos si estamos dentro de un sueño o nosotras flotamos despedazadas en el agua turbia, en espera de unas manos caritativas que nos hagan el bien de la cristiana sepultura.